La M. Desbarres, Superiora de Dijon, que ve a su comunidad tan ganada para la nueva devoción que «casi todas las recreaciones se pasan hablando de ella» y «ha transformado la casa».

La H. Joly, del mismo Dijon, que se lanza a componer otras letanías y todo un Oficio y Misa propios (los primeros de todos) y a solicitar la aprobación de Roma (aunque no lo consigue por entonces).

¡La Comunidad entera de Dijon, que asiste extasiada a la primera *misa propia* del Sagrado Corazón celebrada en su recinto por el mismo señor Obispo diocesano!

La Comunidad, en fin, de Paray-le-Monial que a los comienzos del 1687 transforma en recogido Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús una pieza del Monasterio y lo adorna con la imagen misma que Margarita había dibujado para sus novicias, y por Septiembre del año siguiente erige una Capilla especial en el jardín. La inauguran muchos sacerdotes e incontables fieles que forman la primera peregrinación de las incontables y célebres que se harán a la Ciudad del Sagrado Corazón. ¡Tres horas duró la ceremonia!

12. La plenitud del Divino Corazón.

Hinche el corazón vacío de su esposa. ¿Qué hace ésta mientras las ceremonias de la inauguración? Arrodillada, inmóvil «como una estatua» queda abismada en el Corazón de su Esposo. «Ahora, dice, moriría contenta». Los asistentes querían hablarle, pero no osan interrumpirla.

Por su parte el amantísimo Corazón deja que sus regalos se desborden sobre su fidelísima apóstol: «*Amable Jesús,* exclama con voz ahogada por las lágrimas un día de Viernes Santo en que ve el tabernáculo vacío, *quiero consumirme deseándote; y no pudiendo poseerte este día, no cesaré de desearte.* Su Divino Dueño se apresura a consolarla con su presencia, y le dice: *Hija mía, tu deseo ha enternecido de tal manera mi Corazón que, si no hubiese instituido este sacramento de amor, lo instituiría Yo ahora para venir a ser tu alimento.* Mas le exige imperiosamente que vacíe su corazón en absoluto, y El mismo se lo vacía. «*Te volveré tan pobre, vil y abyecta a tus ojos, y te destruiré de tal manera en el pensamiento de tu corazón, que podré Yo edificarme en esa nada*».

Siente, en efecto, tan vaciado de todo su corazón que «no puede pensar en sí misma sin horror».

¡Estupenda humildad, obra del humildísimo Corazón! Maestra de novicias ayer, asistente hoy y propuesta mañana para Superiora de la Comunidad, nuestra gran Santa se estima con todo la última de todas sus hermanas. Si escribe cartas y sale al locutorio, lo hace como arrastrada por la santa obediencia. Y aun se considera a sí y todos sus esfuerzos «como uno de los peores obstáculos» para la difusión de la gran devoción que la tiene obsesionada.

¿Qué mella le hace que todos la llamen «la Santa», ni que acudan a recibir sus consejos como oráculos, ni que las pensionistas se procuren como reliquias aun sus cabellos? En este perfecto vacío del corazón de Margarita se precipitan las gracias del Corazón generosísimo del Salvador. A buen seguro que no las inutilizará la vanagloria. Impulsada la Santa elegida por el Espíritu de Jesucristo, sus audacias van a ser increibles.

13. Afanes conquistadores.

Más amplios que los de las Casas de la Visitación y algunas diócesis francesas habían de ser los horizontes iluminados por el nuevo Sol del Divino Corazón; se habían de confundir con los de la Iglesia Católica. Tal era el deseo del Salvador, y tan dinámica la preciosísima devoción. Los primeros albores, señalados en la Gran Revelación de 1675, se robustecen durante trece años hasta quedar perfectamente marcados en las célebres manifestaciones de los años 1688-1689. Dos serán las Ordenes Religiosas a quienes principalmente confiará Jesucristo la ejecución de sus planes.

14. La Visitación y la Compañía de Jesús.

Es el 2 de Julio de 1688, fiesta de la Visitación. Extática casi todo el día Santa Margarita, ante Jesús Sacramentado expuesto, siéntese atraida de repente hacia el Corazón Divino y en El sumergida. Ve en seguida un lugar «muy eminente, espa-

cioso y de admirable hermosura». En el centro se levanta un trono de llamas, y sobre él déjase ver el Corazón de Jesús con su llaga, de donde salen rayos ardentísimos. A un lado está la Santísima Virgen y al otro San Francisco de Sales, el P. de La Colombière y las Religiosas de la Visitación que celebraban hoy su fiesta. La Madre del Señor invita a sus hijas muy amadas a que se le acerquen; quiere hacerlas participantes del rico tesoro formado por el Sol de justicia en la tierra virgen de su Corazón y, mostrándoles el Divino Corazón, les dice cariñosamente: *«He aquí el divino tesoro que os es particularmente manifestado a vosotras por el tierno amor que mi Hijo profesa a vuestro Instituto...»*.

A las Religiosas de la Visitación une el Señor a los Padres Jesuitas. La Virgen dice después al P. La Colombière: *Si a las Hijas de la Visitación se les ha confiado el encargo de dar a conocer, amar y distribuir a los demás ese tesoro, a los Padres de la Compañía de Jesús les está reservado el presentar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que el pueblo cristiano se aproveche, recibiéndolo con el respeto y agradecimiento debidos a tan señalado beneficio. Y a medida que le procuren este placer, este Corazón divino, fuente fecunda de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente en las funciones de su ministerio, que los frutos que recojan, superen a todos sus trabajos y esperanzas y aún sirvan para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular.*

El mismo encargo en otra visión, más célebre aún, del año siguiente. La devoción se presenta como un hermoso árbol sembrado en la Visitación, y por sus hijas usufructuado y divulgado; pero también los Padres Jesuitas han sido escogidos «para distribuirlos y dar a gustar su dulzura y suavidad a cada uno». El amantísimo Corazón arde en deseos de verse conocido, amado y adorado de ellos y, por su medio, de todo el mundo; y las palabras que en esta santa misión empleen «serán como espadas de dos filos que penetrarán los más empedernidos corazones de los pecadores más obstinados». Omitimos otros testimonios por brevedad.

Gran honor para ambos Institutos religiosos el de haber de ser, por divina elección, puramente gratuita, los principales apóstoles del dulcísimo Corazón. Grave responsabilidad también.

15. ¿Cómo reciben ambas Ordenes la nueva devoción?

No de plano ni sin preceder un rigoroso examen a la luz de la fe; más aún, con prevenciones y repulsas. Imitan la prudente lentitud de la santa Iglesia. Se cuentan en ambas Ordenes muchos particulares y aun Comunidades que fácilmente se dejan ganar por ella; pero la Autoridad jerárquica no le abre oficialmente la puerta mientras no se le exhiban los títulos que la acreditan de *cosa divina*. Las Salesas de Annecy, cuna de la Visitación, no tienen menos devoción al Corazón Sagrado de Nuestro Señor Jesucristo; pero no pueden «aceptar esas prácticas tan singulares que se han introducido hace poco para honrarle».

Parecida decisión del R. P. General de la Compañía de Jesús. «Sin vituperar el culto del Sagrado Corazón de Jesús en sí mismo, se opone Su Reverencia a la Cofradía particular ya establecida, como también a la comunión de los primeros viernes». ¿Razones? Las que indicaban los censores del libro *De cultu sacrosancti Cordis Dei Jesu*, al decir: «A todos nos parece mejor no dejarlo imprimir», aun reconociendo su mérito. Porque, añaden dirigiéndose al P. General: «Menos aún creemos que vuestra Paternidad deba emplear sus cuidados e influencias en solicitar para esta devoción una fiesta solemne en la Iglesia universal, sobre todo en esta época en que, de día en día, van introduciéndose gran número de nuevas devociones que son tan fácilmente rechazadas por la misma Iglesia».

No nos perturbamos; estas prudentes cortapisas serán muy pronto el mejor elogio de la preciosísima devoción cuando la veamos plenamente admitida por la santa Iglesia, y entusiastamente practicada y propagada por Salesas y Jesuitas. Es el sello de las obras divinas.

Estos vientos de fría reserva oficial no hacen sino airear las llamas del amor apostólico de la incansable evangelista. Ella, la hija de un notario real de provincia, la monjita desconocida de un humilde convento, va a dirigirse al árbitro de Europa, al soberbio Luis XIV, en el apogeo de su gloria.

16. Las peticiones que el divino Corazón dirige a Francia.

Las expone nuestra Santa en varias cartas a la M. de Saumaise, que pondremos en su lugar. «*Haz saber al hijo mayor de mi Corazón*, le intimó Jesucristo, *que mi Corazón adorable quiere reinar en su palacio, campear en sus estandartes y ser grabado en sus armas, a fin de que alcancen victoria sobre sus enemigos, para quedar victorioso de todos los enemigos de la santa Iglesia*». Le pide, en suma, al Rey que ayude a que penetre la nueva devoción en la corte de Francia y en casa de los grandes de la tierra, para lo cual debe primeramente consagrarse el mismo Luis XIV al Corazón divino, y mandar pintar su imagen en los estandartes y grabarla en las armas reales.

Que además levante un templo en su honor, y exponga en él un cuadro del mismo a fin de que reciba la consagración y los obsequios de todo la corte.

Y que, por fin, recabe de la Santa Sede la aprobación de la misa en honor del mismo deífico Corazón.

17. ¿Cómo responde Francia?

¿Cómo hace llegar a los oídos del Rey estas peticiones? Por medio de su confesor, el P. de la Chaise, S. J., dice la Santa. Varias recomendaciones se pusieron en juego, entre otras la de la antigua Duquesa de York (la dirigida del P. La Colombière), actual reina de Inglaterra, como mujer de Jacobo II; pero o no llegaron a los regios oídos, ni siquiera por ventura, a los del confesor los deseos divinos (dado que se tuviesen por auténticos), o no los juzgó la humana prudencia oportunos.

¿Cómo descender aquel altivo rey a satisfacer unas peticiones místicas de una oscura salesa pueblerina? Ni ¿cómo allanarse a solicitar de la Sede Apostólica la concesión de la nueva fiesta, el que tantas rencillas y diferencias sostuvo con el Vicario de Jesucristo? Es cierto, por otra parte, que no soplaban en Roma vientos favorables para nuevas devociones. «Se nos ha dicho, escribía Margarita al P. Croiset, que, a causa de la de Molinos y del Quietismo iban a prohibir las devociones nuevas y no se permitiría que se estableciese ninguna y que, por

consiguiente, la del Sagrado Corazón sería también cercenada...». Es ésta una cuestión histórica por dilucidar.

Cierto es que uno de los nietos de Luis XIV, el infortunado Luis XVI, hizo en la prisión su célebre *Voto* por el cual consagraba al Divino Corazón su persona, su familia y todo su pueblo, respondiendo así a algunos de los deseos manifestados por el Señor el 1689 a Santa Margarita. Cierto también que los católicos franceses, sintiéndose solidarios en este punto con sus antiguos reyes, han edificado la *Basílica del Sagrado Corazón* en Montmartre, y colocado la imagen bendita en la bandera nacional francesa, y trabajan animosamente para que sus gobernantes y toda la Francia se consagren al Sagrado Corazón, y den amplia satisfacción a las demandas comunicadas por la humilde Salesa de Paray.

18. Oportunidad de la nueva devoción.

¡Lástima grande que no secundase el Rey de Francia aquellas peticiones! ¿Qué arma más eficaz que la bendita devoción contra uno de los más pérfidos y solapados enemigos que turbaron su largo reinado, el jansenismo? La herejía jansenista era tan seca y desoladora en su doctrina como soberbia y rebelde con la legítima autoridad eclesiástica. Nos presenta a Dios Nuestro Señor como un cruel tirano; no Dios del amor, sino Dios del terror. Y resiste tercamente a Roma, obstinándose sus adeptos en pasar por hijos fieles de la santa Iglesia mientras la combaten sañudamente.

Lo contrario de la divina devoción. Es la *devoción del amor*: del amor de Dios a los hombres y del amor de los hombres a Dios. «*He aquí este Corazón que tanto ama a los hombres, que nada ha omitido hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor*». Y el mismo Divino Corazón exige de sus siervos la más estricta sujeción a las órdenes de sus superiores. «*Me place*, le dice a su fidelísima sierva, *que prefieras la voluntad de tus superiores a la mía*». Muy bien la entendió la Santa Sede al favorecer abiertamente (después de la primeras prudentes reservas) la expansión mundial de la *gran devoción* de nuestros tiempos.

19. La Gran Promesa.

Diríase que tenía prisa el Señor para que se dilatase por el mundo entero. Tan espléndidas eran las promesas que por estos mismos años de sus peticiones a Francia hacía a su sierva, no ya para su rey o para una nación determinada sino para todo el mundo. No podemos recordarlas todas; las iremos leyendo en las Cartas de la Santa. Pero no podemos dejar de consignar la más célebre de todas, la más regia, la llamada por antonomasia la *Gran Promesa*. Promesa cierta, de autenticidad irrebatible, de grandiosidad sin precedentes, que se ha de explicar en toda su riquísima plenitud, sin aminorarla con mezquinas interpretaciones. Bástenos transcribir las palabras de la Santa confidente. «*Yo te prometo*, le dice Jesús durante la comunión de un viernes, *en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá, a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; que no morirán en su desgracia ni sin recibir los Sacramentos* (por lo menos caso que les sea necesario para recuperar la gracia) *siendo su refugio seguro en este último momento.*»

20. "Es necesario que El crezca y que yo disminuya".

Esto podía decir la Santa con el Bautista. «Retirada hasta el fondo de su nada», se cree un obstáculo para la difusión de la bendita devoción. Clavada su mirada en el centro vivo de todas sus ansias, se goza y confía en su Amado sin inmutarse apenas ni por la aparentes derrotas ni por los triunfos resonantes.

Ya le anuncien que los curas tienen prohibido el hablar del Sagrado Corazón en sus parroquias, y las librerías estampar nada a ella referente, ya sepa que el Monasterio de Dijon se ha convertido en foco de activa propaganda gracias a una elocuente carta de la M. Desbarres, próxima a dejar su gobierno, continúa Margarita inquebrantable, amando y glorificando al Divino Corazón. Pronto, al parecer, le glorificará más intensamente cuando, llamada a la Patria, se rasguen los velos y se

pueda hablar libremente de los comienzos de esta nueva *era del Amor.*

Porque su salud es muy precaria. «*¿Quieres acompañarme en la Cruz?*», le pregunta el Señor por Enero de 1689. —*Sí*; responde con toda la generosidad de su alma tan endiosada. «No perdamos un momento de sufrir, exclama, puesto que no se puede amar sin sufrir. ¡Ay, qué buena es la cruz en todo tiempo y lugar! Abracémosla, pues, amorosamente sin hacer caso de la madera de que ha sido hecha, ni del instrumento con que ha sido fabricada».

Y de durísima cruz fueron los seis primeros meses del año; más de una vez parece que va a expirar. Luces, favores, regalos y desconsuelos siguen formando la urdimbre de su vida. El sentimiento íntimo de su impotencia la quiere reducir al silencio; pero la voz imperiosa del Divino Rey la conforta. «*¿Crees que puedo hacerlo? Si lo crees verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi amor*». Y sigue devorando repugnancias para hacerle reinar a El.

Baja al locutorio, escribe y contesta las cartas que de todas partes se amontonan en su pobre celda; no pierde la más mínima ocasión de persuadir *su devoción.* Gana para ella nuevos prosélitos. Uno, el P. Froment, residente en Paray, con quien ella trata durante algunos años y a quien mueve urgentemente a componer su precioso libro en cuatro partes. Se publicó nueve años después de la muerte de la Santa.

21. El P. Juan Croiset, S. J. (1656-1738).

El más célebre corresponsal de la sierva de Dios y su más preciosa conquista para el apostolado. Estudiante teólogo todavía en Lyon, es desde los primeros meses del 1689 asiduo corresponsal de la Santa. Y ella, tan avara de su afecto a las criaturas, le llama, porque el Señor así lo quiere, «hermano muy querido en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor»; y tan tímida de ordinario, sólo con el joven jesuita se erige en maestra y directora.

El Padre la hace confidente de sus deseos apostólicos, solicita sus oraciones, le pide consejo y se le somete dócilmente. Margarita le exhorta, le instruye y aun le ordena lo que ha de

hacer para glorificar al centro de los corazones de entrambos. Todo su empeño es hacerle apóstol eficaz, y lo consigue. Es que sabe con luz superior que ha sido escogido «de una manera particular».

Movido el P. Croiset por las irresistibles instancias de Margarita, da a luz en Lyon el librito de la H. Joly, notablemente enriquecido; y años después, pasada ella a mejor vida, publica su gran libro. *La devotion au Sacré Coeur de Notre-Seigneur Jésu-Christ,* en gran parte inspirado y dirigido por su fiel corresponsal. El libro que más ha contribuido a propagar por ambos hemisferios la preciosísima devoción. Diez cartas, casi todas muy largas, le dirige la fervorosa Salesa; son las llamadas *de Avignon.* Llenas de confidencias, consejos, alientos, relaciones de gracias personales y de promesas generales, son interesantísimas para la historia íntima de los comienzos de la nueva devoción. En el texto verán nuestros lectores, más amplias explicaciones.

22. El P. Croiset, en Paray-le-Monial.

Llega, por fin, el día en que se ven en Paray la Santa religiosa y el joven estudiante jesuita. Va éste con el P. Villette a la Visitación, impaciente por conocer a la ya célebre H. Margarita Alacoque. Se encuentran ambos religiosos en el pobre locutorio, en presencia de una pobre religiosa de exterior ordinario, tímida en extremo y tan reservada que apenas se atreve a responderles.

¡Gran chasco para ellos! No merecía la pena haber hecho tan largo viaje. «*Mañana a primera hora regresaremos a Lyon, sin volver a la Visitación*».

¿Por qué tal reserva? Apasionada Margarita por la vida oculta, le había disgustado aquella visita de ambos jesuitas junto, inspirada quizá por pura curiosidad, y la había contrariado más aún la publicidad que sospechó había dado el P. Croiset a su correspondencia.

Volvamos a los dos visitantes. Amanece el día siguiente, cambian súbitamente de parecer y se dirigen de nuevo, pero por separado, al Monasterio. Todo cambia como por ensalmo. Aquella religiosa se expresa con tal valentía y tan celestial unción que no parece la misma de ayer. Se vuelven ambos alegres a

Lyon, ganados para siempre para el Divino Corazón, y en particular el P. Croiset, confirmado y amaestrado en sus proyectos de apostolado.

23. ¿La Hermana Margarita, Superiora de la Comunidad?

Notable fue para la santa religiosa la *Noche Santa* del jueves al viernes santo de 1690, el último de su vida. Hubo quienes la vieron «de rodillas, en la misma postura sin toser, como el mármol, las manos cruzadas sobre el pecho» toda la noche. «*¿Quieres, Esposa mía, una cruz?*», le preguntó entonces Jesús. La aceptó entusiasmada, pero sin atinar cuál podía ser. Muy pronto lo vio: era la Cruz de Superiora. Terminaba por la Ascensión de 1690 su segundo trienio la M. Melin y, no pudiendo ser otra vez reelegida, escriben las religiosas en el catálogo de las elegibles a su Asistente Margarita. «*¿Es posible, Dios mío*, exclama alarmada, *permitáis que a una criatura como yo se la ponga a la cabeza de una comunidad? Te pido la gracia de alejar de mí esta cruz, y me someto a cualquier otra*». Nuestro Señor se rinde y sale elegida la M. Catalina Antonieta Levy-Chateaumorand. Ansiosa de vida oculta pide Margarita a la nueva Superiora la exonere del cargo de asistente; pero aquélla la confirma en él con gran satisfacción de todas las Salesas.

24. ¿Presintió Margarita que le quedaba poco tiempo?

Así se puede colegir del ansia con que trabajó estos últimos meses de su vida para propagar la devoción que había sido la razón de ser de toda ella. Su actividad había sido asombrosa, sobre todo en los últimos años, y eso que no conocemos todas sus manifestaciones. Pero al acercarse al fin, parece que se acrecentaban sus desvelos por la devoción y para formar apóstoles.

Se esfuerza en convencer más y más al P. Croiset de su elección divina, y en formarle para desempeñarla. Ni pierde ocasión de incitar a cuantos Padres de la Compañía se ponen a su alcance, a que secunden la excelsa vocación que tan categóricamente había afirmado tenían del mismo Divino Corazón.

Así al P. Rolin, Superior de la Residencia del mismo Paray,

y último Director suyo, por cuyo mandato escribió su preciosa Autobiografía. Así a los PP. Froment, ya nombrado, Gette Villette y Leau. Pero más que con los Jesuitas vivos cuenta con con el P. Claudio, ya difunto. Siente que desde la gloria, adonde sabe ascendió a raíz de su muerte, continúa su apostolado en la tierra, y a él se le encomienda y con él cuenta con filial confianza. «*Oh bienaventurado P. La Colombière,* le ruega, *le tomo por mi intercesor delante del Sagrado Corazón de Jesucristo*». Es que, como asegura al P. Croiset, le «ha dado gran poder, y puesto en sus manos, por decirlo así, todo cuanto concierne a esta devoción, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en este suelo».

CAPITULO V

LOS ULTIMOS MESES

1. El culto al Sagrado Corazón el último año de la vida de su sierva.—2. Su fisonomía espiritual.—3. "Tranquila como una tarde de otoño".—4. Curación extraordinaria.—5. "Ya no viviré mucho, porque nada sufro".—6. Moriré de esta enfermedad.—7. "Laetatus sum in his...".—8. El Santo Viático.—9. El último día.—10. "Mi muerte es necesaria a la gloria de N. S. Jesucristo".—11. "Oh, qué dulce es morir después de...".—12. Se abisma en el Corazón del Salvador.—13. "¡La santa ha muerto, la santa ha muerto!".—14. La suprema exaltación.

1. El culto del Sagrado Corazón, el último año de la vida de Margarita.

Bien vendrá echar una mirada de conjunto sobre estos tres años en que la gran devoción progresa sin cesar.

Salida de Paray, se extiende primero por los Monasterios de la Visitación de Dijón, Moulins y Semur, llega en seguida a Lyon y Marsella, salta hasta Inglaterra, avivando los gérmenes allí sembrados por el P. Claudio. Una circular de la Superiora de Dijon, llevaba la feliz nueva a los 143 Monasterios de la Visitación. El fuego divino va conquistando Francia, Italia, Saboya, Polonia, el joven Canadá. Varios ilustrísimos Ordinarios permiten en sus diócesis la Misa propia. Circulan por doquier varios libritos y miles de estampan. Aquellas recatadas confi-

dencias del Divino Corazón a Margarita, y de ésta a su Director, el 1675 han salvado el recinto de Paray y resuenan en todos los oídos cristianos. ¡Qué resultados tan grandiosos y con qué medios tan pequeños, y en solo cuatro años escasos! ¿No anda de por medio la palabra infalible del Divino Rey: REINARE A PESAR DE MIS ENEMIGOS?

Pues mucho más amplias perspectivas están reservadas a esta devoción esencialmente conquistadora.

¡Lástima grande que ni noción de ella había en nuestra España! Mas no tengamos pena; que la tardanza en apuntar en nuestro cielo este nuevo Sol, se compensará con creces con lo glorioso de su carrera, y brillará con más esplendor que en ninguna otra nación del mundo. «REINARE EN ESPAÑA Y CON MAS VENERACION QUE EN OTRAS PARTES». Cierto que el Señor escoge a Francia como cuna de la nueva devoción; pero tendrá la *especial delicadeza* de venir El mismo a implantarla en nuestra Patria con *idénticos caracteres a la de Paray*, sin contentarse con que sea de importación extranjera. No hay más que abrir la historia.

Aquel sol divino ilumina de rechazo delante de los hombres a la humilde Margarita, sobre todo en estos últimos meses de su vida. La rodea una como aureola de santidad. De todas partes acuden sacerdotes, religiosos, predicadores, simples fieles a verla, a consultarla, a pedirle oraciones y consejos; y se vuelven satisfechos de haber visto a «la Santa». Aun los obreros que entran en el Monasterio, se dicen al divisarla de lejos: «Venid a ver a la santa de la casa».

—«¡Ay, no me conocéis! se queja ella apesadumbrada; que no soy sino una pecadora sin mérito alguno, henchida de orgullo y de malicia».

2. Su fisonomía espiritual.

Se deducen espontáneamente sus rasgos de las declaraciones de algunas de sus Hermanas de Paray. Reserva perfecta, caridad inalterable, verdadera pasión por el sufrir, sed inextinguible del divino amor y continua e íntima unión con S. D. M.; de tal modo que cuando se encuentra sola escribe de rodillas por respeto a la divina presencia.

Un nuevo rasgo se dibuja ahora muy vigoroso: la paz in-

alterable de su alma endiosada. Va apaciguándose el tumulto de las pasiones; la voluntad de Margarita se identifica cada vez más con la divina, y los deseos, aun los mejores, se extinguen. En fin, el corazón de la gran Santa está de tal manera unido al de su Dueño absoluto que diríase que no forman ambos sino un solo corazón. Margarita queda reducida a completa impotencia espiritual; apenas si puede rezar ni sus oraciones vocales de obligación, ni tener su lectura espiritual. Ni siquiera se puede afligir de este estado; no hace otra cosa que descansar en el «amante Corazón de mi Jesús», que ha llegado a ser el todo de su vida. Aun aquellos tres grandes deseos que arriba dijimos de amar a Dios, de padecer por este amor y de morir en este amor, se han apaciguado.

¿Será, se pregunta, insensibilidad espiritual o infidelidad mía, o señal de horrenda reprobación? No lo sabe, ni se para a reflexionar; le basta sentir que ya no se pertenece y que es toda de Jesús. «El Corazón de Jesús, se dice, querrá por mí. El amará por mí, El suplirá todos mis defectos». No tengo más que un negocio, escribe por entonces: amar, olvidarme y anonadarme». ¿No es ésta la vida incoada del cielo, que muy pronto apuntará para la Santa Evangelista del Divino Corazón?

3. "Tranquila como una tarde de otoño".

Así salía de este destierro suavemente iluminada por el nuevo Sol, el cual aún le descubrirá intimidades de las almas y algunos sucesos futuros. A una Hermana, por ejemplo, le adivina exactamente sus disposiciones interiores, y le predice puntualmente los pasos de su vida espiritual. De un religioso dominico, único pariente de la Santa, que va a visitarla con su hermano Jacobo, le dice a éste: «Déjale que se ría; son sus postreras alegrías». Se vuelve sano y regocijado a su casa, y a los ocho días había pasado a mejor vida.

Más admirable es el caso de Angélica, cuñada suya. Va a visitarla ésta, acompañada de su otro hermano, Crisóstomo Alacoque, y le suplica le alcance la gracia de salvar su alma a cualquier precio. —«*¿A cualquier precio? ¿Lo has pensado bien?*»— Sí, lo he pensado bien. —«*Pediré a Dios tu salvación con tanto*

fervor como si se tratase de la mía; pero El me inspira que te costará caro»—. No importa, me someto enteramente a la divina voluntad—. Regresan ambos cónyuges a su casa; a los dos días la asalta a ella un intenso dolor en la cara. Se le aplican toda clase de remedios; la examinan los más afamados doctores de varias ciudades; todo inútil.

Ellos no acaban de resignarse a la divina voluntad; piden angustiosamente oraciones a Paray; la enfermedad sigue progresando. «En vano buscarás remedios humanos que de nada te han de servir», contesta su santa hermana. «No curará, añade por fin, porque esta enfermedad es para ella la salud espiritual». ¿No le había dicho la enferma que quería salvarse a cualquier precio? Las oraciones de la Santa recaban para ambos esposos la necesaria resignación, y al día siguiente entrega Angélica su alma a Dios, con señales ciertas de salvación.

4. Curación extraordinaria.

Fue cosa del todo averiguada. Una hermana conversa, recién entrada en el monasterio, se hiere en una pierna con un hacha. Temerosa de que la despidan, se calla semanas enteras su mal. Empieza por fin a curarse, y un nuevo accidente vuelve a abrir la llaga; ella sigue callada. «*Pero si esta Hermana es una Santa como todos dicen, ¿por qué no me ha de curar a mí?*«, piensa para sus adentros. Llena de confianza, aproxímase un día a la Santa y toca con su pierna herida la parte inferior de su hábito. Siente en seguida que la herida mejora, y al poco tiempo está completamente curada. En señal de gratitud va a contárselo todo a su bienhechora, y ésta, apurada, «*Haga el favor,* le suplica, *de callarse*». Muerta Margarita se divulgó la curación que todos atribuyeron a sus méritos.

La gran apóstol del Sagrado Corazón está llegando a su ocaso. La espiga bien granada ha madurado de prisa al sol del sufrimiento, y puede segarla ya el divino cosechero.

5. "Ya no viviré mucho, porque nada sufro".

No contaba todavía la H. Alacoque cuarenta y cuatro años de edad, y andaba ya muy achacosa. Sus largas y penosas en-

fermedades y su heroica y continua mortificación interior y exterior la hacían parecer una anciana. Con mucha caridad y prudencia le prohibió la nueva superiora la Hora Santa y todas sus austeridades. Ella se sometió, como siempre, a todo dulcemente. Esto sucedía en Junio de 1690. «Ya no viviré yo mucho, iba repitiendo, porque ya no sufro».

Al mes siguiente una sonrisa de alegría iluminaba su vida, que pronto iba a trasponer las cumbres eternas: la Fundación de la Capilla dedicada al divino Corazón por su hermano Crisóstomo en su parroquia de Bois-Sainte-Marie. Ya no sería el del jardín de Paray el único Santuario al divino Corazón dedicado.

Pronto había de desaparecer la santa apóstol para que se expansionara victoriosa la divina devoción. En esta creencia comenzó el día de la Visitación (2 de Julio) un retiro interior que debía durar cuarenta días como preparación inmediata para el gran viaje. Quería, decía ella, «estar preparada a comparecer ante la santidad de Dios, cuya justicia es tan formidable como impenetrables sus juicios». ¡Notable contraste! La alegría por verse ya próxima a la eterna posesión de su Amado la inquieta porque «una criminal no tiene derecho a dejarse llevar de semejantes sentimientos». ¡Lástima grande que sólo escribiese los sentimientos de los dos primeros días de su retiro!

6. "Moriré de esta enfermedad".

El 8 de Octubre sintióse acometida de una calentura muy ligera que la obligó a guardar cama al día siguiente, y dejar para siempre su querida celda para trasladarse a la enfermería. Llamaron al doctor Billet, médico, desde hacía muchos años de la Casa. Muchas veces había confesado sinceramente que para las enfermedades de Margarita, ocasionadas por el amor divino, no encontraba remedio alguno.

Examinó el mal, y ninguna importancia dio a aquel «poquito de calentura sin accidentes molestos». Más aún; el mismo día de su muerte afirmó de nuevo que no había ni siquiera apariencia de semejante desenlace. Margarita, sin embargo, insistió

siempre en afirmar que moriría. Hizo llamar a su última novicia, y le dijo: «*Venga a verme, querida Hermana, porque moriré de esta enfermedad, y no tendremos mucho tiempo de estas juntas*. Otra de sus novicias tenía un miedo horroroso a la muerte. Muchas veces le había predicho su santa maestra, y ahora se lo repitió más de una vez, que moriría en sus brazos. Así sucedió.

7. "Laetatus sum in his...".

Margarita seguía preparándose alegremente para recibir a su Esposo. «*¿Qué noticia me podía dar más alegre? Me voy a la casa del Señor*». Conoció una de las Hermanas que la enferma sufría extraordinariamente, y se ofreció a procurarle algún alivio. «*Muchas gracias*, le respondio, *pero son muy cortos los instantes que me restan de vida para desperdiciarlos. Mucho sufro, mas no lo bastante para satisfacer mis ansias de padecer*».

Tal era el contento que sentía viviendo y muriendo en la cruz, que, a pesar de ser ardentísima su ansia de gozar de su Dios, lo era todavía más la de permanecer así como estaba, hasta el día del juicio si ésta fuese la divina disposición. Así que no perdía ocasión de mortificarse. Pocos días antes de caer enferma no quiso probar las uvas en la vendimia; y para hacer más perfecto el sacrificio, pidió antes la debida licencia. Jamás demostró repugnancia en tomar aun las más amargas medicinas, ni después de tomarlas quiso enjuagarse la boca.

Cada vez se unía más estrechamente con su Dios y se separaba más de las criaturas por el vehemente deseo de quedar para siempre oculta a su estima. Conservaba en un armario bajo llave un cuaderno manuscrito con su autobiografía (sin terminar) que el P. Rolin, S. J. la había obligado a escribir, prohibiéndola formalmente que lo quemase. ¿No estaría ahora desligada ya de su promesa? Así lo creyó la humildísima salesa, y encargó a una de sus novicias lo quemase todo sin dejar rastro. Gracias a la M. Superiora, que se hizo cargo de todo, poseemos aquellas amarillentas páginas escritas por la gran Santa.

8. El santo Viático.

En la mañana del octavo día de caer enferma comulgó por Viático, sin decir nada a nadie. Muchas veces se lo había pedido a su Superiora; pero en vano, por creer todos que no moriría. La enferma no insistió más; pero el 16 por la mañana, todavía en ayunas, manifestó deseos de comulgar, y recibió en su intención a su Amado como Viático para su inminente viaje.

El día lo pasó como los precedentes. Presentáronse al anochecer síntomas un poco más inquietantes, y acordaron velar a la enferma. Lo hizo hasta las ocho de la mañana su novicia preferida, entonces joven profesa. ¡Con qué gozo recordaba ésta, durante toda su vida, aquella noche tan de cielo!

Sucedíanse las oraciones, jaculatorias, inspiradas por el impaciente deseo de volar a su Dios, y las súplicas humildísimas y confiadísimas a la divina misericordia. Le predijo que de todas sus novicias, sólo ella llegaría a ser un día superiora del Monasterio de Paray, y juntamente su sostén y ornamento. Así lo fue.

9. El último día.

Estamos en el 17 de Octubre de 1690. En él había de oír Margarita el suspirado anuncio: *Ecce Sponsus venit.* Nadie de los que la rodeaban lo creía. Al médico que la aseguraba que no moriría: «ya lo veréis» le contestó dulcemente. Y a la M. Superiora, que dispuso se avisara a su familia, respondió que no la vería, y añadió: «*Muramos y sacrifiquémoslo todo a Dios*».

Mas faltaba a la fidelísima esposa la última purificación obrada en su alma por el que había sido siempre su *Esposo de sangre.* Había de sentir hasta el fin el peso abrumador de la *santidad de justicia.* En medio de su admirable paz, se siente súbitamente atacada de extraordinarios espantos a la vista de los terribles juicios de Dios. Sus ardentísimos deseos de morir, truécanse en profundos terrores. ¿Se salvará o se condenará? Duda punzante que la oprime y destroza; sus descarnadas manos estrechan contra su corazón el crucifijo, y grita con voz entrecortada por el llanto: «*¡Misericordia, Dios mío, misericordia!*»

La confianza en los méritos de Jesucristo y el amor a su Sagrado Corazón tranquilizan por fin poco a poco a la enferma. Purificada su alma por esta última y terrible prueba, ya no halla obstáculo a la tan deseada unión divina, y la paz invade su alma y transfigura su rostro. Pónese a platicar con las religiosas que rodean su pobre cama. A una de ellas, muy opuesta al principio a la nueva devoción, le hace señas para que se acerque y le dice: «*Dentro de muy poco me abismaré en el Corazón de Jesús*».

10. "Mi muerte es necesaria a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo".

Esto dice a otra que había sido su principal confidente. Tenía razón Margarita. Para dar a la nueva devoción el vigor necesario que subyugara a las almas, era necesario dar a conocer sus orígenes y descubrir los secretos de Paray-le-Monial. Y esto era imposible viviendo la confidente del Divino Corazón. Una vez fallecida, descorrió el velo completamente el P. Croiset en la vida de Margarita con que coronó su precioso libro.

La muerte se llegaba a pasos de gigante. Sobrevínole una opresión que la imposibilitaba para estar acostada. Las dos enfermeras la incorporaron para que respirase más libremente y para aliviarla del fuego interior que la devoraba. «¡*Me abraso; sí, me abraso*!, decía ella. ¡*Ay, si fuese en el amor divino*! *Pero nunca he sabido amar perfectamente a mi Dios*». Y dirigiéndose luego a las que la sostenían les dijo con seráfico acento: «*Pedidle perdón para mí y amadle vosotras con todo vuestro corazón para reparar los momentos en que yo no lo hice*».

No obstante, a nadie podía engañar; el ardor de sus palabras y la expresión de su rostro manifestaban bien a las claras el amor divino que la consumía. Pasada aquella breve opresión, sobrevinieron continuos desmayos; se acercaba el desenlace. No lo creyó el doctor Billet. Ni accedieron a sus deseos de comulgar por Viático; lo haría al día siguiente. ¡Ya no amanecería para nuestra Margarita! Gracias que ella se había anticipado recibiéndolo, según dijimos, como tal en su intención. Marchóse el médico, la comunidad se fue al refectorio, y quedó velando a la Santa doliente una sola enfermera.

11. “¡Oh, qué dulce es morir después de...”.

Entraba en la última hora de su vida mortal con tal calma, que parecía iniciarse alguna mejoría; hasta la misma enfermera pareció dudar un instante de que iba llegando el término tan deseado.

¡Qué muerte tan seráfica! El amor divino se ceba en la enamorada de Jesucristo con más fuerza que nunca, y se pone a hablar en términos fogosos a su enfermera de las pruebas que el divino Corazón nos ha dado de su amor y de nuestra ingrata correspondencia. «*¡Ay, Señor!*, exclama, *¿hasta cuándo he de permanecer en este lugar de destierro?*». Dícenle que según la opinión del facultativo esto puede prolongarse. No lo cree así la enfermera, y la enferma repite alborozada: «*Laetatus sum is quae dicta sunt mihi: In domum Domini ibimus. Sí; espero por el amor del Sagrado Corazón de Jesucristo que iré pronto a la Casa del Señor*».

El divino Corazón la hinche de consuelo. Muy pronto iba a ver realizadas aquellas consoladoras palabras que tantas veces había repetido: «*¡Oh, qué dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos de juzgar!*». Transcurren algunos instantes; la moribunda ruega avisen a la M. Superiora cuando vaya a entrar en agonía; pide además que se recen entonces cerca de su cama las letanías del Sagrado Corazón de Jesús y las de la Santísima Virgen, y que invoquen en su favor al Angel de su guarda, a San José y a San Francisco de Sales. Apenas ha terminado de dar estos encargos, una convulsión hace creer que se acerca el desenlace; la enfermera sale precipitadamente en busca de la Superiora; otra religiosa quiere detenerla, pero Margarita le dice sencillamente: «*Déjela, que ya es tiempo*».

12. Se abisma en el Corazón de Jesús.

Son cerca de las siete, y la comunidad, después de cenar, se halla en recreo. La M. Superiora, que acaba de llegar a la celda de la enferma, manda que se avise en seguida al médico. «*Madre mía*, le replica dulcemente Margarita: *ya no necesito de nada más que de sólo Dios y de abismarme en el Corazón de Jesu-*

cristo». Mientras tanto acuden las otras religiosas en tropel, y desoladas rodean el lecho de su querida hermana. Esta advierte animosa que urge el darle los últimos sacramentos; y mientras van corriendo en busca del capellán, consuela a sus compañeras encargándoles «se den todas a Dios sin reserva ni división».

Pronto entra el sacerdote con los santos óleos; la moribunda intenta incorporarse, y dos Hermanas, Francisca Rosalía Verchère y Petronila Rosalía de Farges, se precipitan en un movimiento irreflexivo para sostenerla. ¡Cuál no sería después la emoción de ambas al recordar que muchos años antes les había predicho por separado su santa Maestra que moriría en sus brazos! La respiración se hace cada vez más dificultosa; el nombre de JESUS, pasando por sus labios abrasados por la fiebre, ya no se oye, se adivina. Termina el sacerdote de darle la cuarta unción, pronuncia un *Jesús*, envuelto quedamente en un soplo casi imperceptible, y exhala suavemente su espíritu en aquel Divino Corazón que había sido el centro de toda su vida. Sucedía este dulce tránsito entre siete y ocho de la tarde, 17 de Octubre de 1690. Contaba la gran Santa 43 años y unos meses de edad, y 18 de profesión.

Todos los años se reúnen en el mismo día y hora las religiosas del Monasterio de Paray, y visitan procesionalmente el aposento convertido en capilla de donde voló su santa Hermana a la Patria. Allí oran y cantan un cántico cuya estrofa final dice: «*¡Ah! Ve a morar a la feliz mansión, alma ferviente, fiel confidente, Esposa del Sagrado Corazón*».

«Como la muerte tenía menos parte que el amor divino en la separación de su alma, escribió después su gran historiador Mons. Languet, pareció respetar aquélla su cuerpo; muy lejos de quedar desfigurado su rostro, parecía más majestuoso y bello que antes; el terror y el espanto que suelen infundir los cadáveres fueron desconocidos aun de las más jóvenes y tímidas».

13. "¡La Santa ha muerto, la Santa ha muerto!".

Así decían en seguida, y a pesar de lo adelantado de la hora, por las calles de la pacífica población, aun los pequeñuelos. El día siguiente todos acudían a porfía, empeñados en conseguir alguna reliquia, cualquier cosa de la que todos apellidaban

«Santa», en tocar objetos de devoción a sus restos. No daban abasto las Hermanas encargadas. Ni ¿qué podía darles de una religiosa que no había dejado en su pobrísima celda más que sus escritos, el libro de las reglas y su disciplina?

Los funerales constituyeron un triunfo esplendoroso de la humildísima Margarita. La ciudad entera de Paray-le-Monial estuvo presente. Su cadáver lo inhumaron en el coro, en el mismo sitio donde recibiera las íntimas confidencias y las estupendas revelaciones de Jesucristo. Su tumba fue en todo tiempo glorificada por el Señor con innumerables favores y milagros fidedignos.

Así murió la celosísima apóstol del Sagrado Corazón; la gran Evangelista del nuevo *Evangelio del amor*, la fidelísima Esposa de Jesucristo, la que debe ser principal Patrona y modelo de todos los amantes y apóstoles del amantísimo Corazón del Salvador.

14. La suprema exaltación.

Al compás del culto al divino Corazón creció también la fama de santidad de su discípula predilecta.

Introducida la Causa en Roma, fue declarada *Venerable* por Su Santidad León XII, el 30 de Marzo de 1824. En el reconocimiento canónico del cadáver, después de siglo y medio de enterrado, se halló intacto y fresco aquel cerebro que había consagrado todos sus pensamientos al Corazón de Jesús.

Al despuntar el día 4 de Septiembre de 1864, repetidos cañonazos disparados desde el castillo de Sant'Angelo anunciaban *Urbi et Orbi* que la Santa Iglesia proclamaba Beata a la Virgen de Paray. Al año siguiente se celebraban en todos los Monasterios de la Visitación solemnísimas fiestas.

Por fin, el 13 de Mayo de 1929, fiesta de la Ascensión, el Santo Padre Benedicto XV, asistido de su Calegio de Cardenales en pleno, rodeado de innumerables Obispos y Prelados de todo el orbe católico, y delante de más de 50.000 fieles de todas partes, reunidos en la Basílica de San Pedro, declaraba con todo el fausto de las grandes fiestas vaticanas que quedaba inscrita en el número de los santos la humildísima religiosa de la Visitación, que en adelante se había de llamar SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE.

PRIMERA PARTE

OBRAS PRINCIPALES

CARTAS

CARTA I

A LA MADRE MARIA FRANCISCA DE SAUMAISE, DIJON

La santa expresa a su antigua Superiora sus sentimientos de gratitud y afecto filial. Ella es una pura cruz en el cuerpo y en el alma. Amor al padecer.

¡Viva † Jesús!

[Fin de Junio] 1678.

Mi muy Respetable y querida Madre:

Ni la mortificación que me produciría, ni la entrañable amistad que le profeso me consentirán privarme del dulce consuelo de escribirle y decir a vuestra Caridad que siempre seré la misma en estimarla, puesto que sabe bien que nuestro buen Maestro, que unió tan estrechamente mi Corazón al suyo, es el único que los puede separar. Y como no hallo palabras para expresarle el reconocimiento que tengo por sus bondades maternales, bastará que le diga que conservaré de ellas muy particular recuerdo delante de nuestro Señor, a quien suplico le haga participante de sus más preciosas gracias y amorosas caricias en esta amable soledad, cuyas delicias comparto con V. C.

Pero para decirle una palabra de aquellas con que su bondad me favorece al presente, no puedo expresarlo sino diciéndola que me parece no ser yo más que una cruz en el cuerpo y en el alma, sin que pueda quejarme ni desear otro consuelo que el de no tener ninguno en este mundo, y vivir escondida con Jesucristo crucificado, ignorada en mi sufrimiento, a fin de que ninguna otra criatura tenga compasión ni recuerdo de mí, sino para aumentar mi tormento. Persuádome, mi querida Ma-

dre, que, pues toma tanta parte en lo que a mí me importa, se regocijará y dará gracias por ello a Nuestro Señor, que no tiene otra cosa más preciosa después de sí mismo, que su amor y su cruz. Por su misericordia me da parte en ella; porque de mí soy indignísima de don tan precioso, como también del que nos ha hecho en el persona de nuestra muy respetable Madre (1), a quien estimo y aprecio más de lo que podría expresarle, y juntamente tengo en ella perfecta confianza por su caridad, que ya he experimentado muchas veces. Creo poder asegurarle que nuestro buen Dios cumplirá su promesa.

Yo se lo suplico con todo mi corazón, y que pueda recibir de ella toda la gloria que desea. Esta querida Madre es la que me ha dicho que le escriba en esta ocasión; pensaba hacerlo en otra diferente, a causa de una ligera molestia y por juzgar estará ahora agobiada de cartas. Pero no se dé prisa a escribirme, porque no dudaré de su afecto de cualquier modo que proceda conmigo, que seré suya en el tiempo y en la eternidad en el amor sagrado de Jesús.

Sor Margarita María.
¡Dios sea bendito!

Carta II

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Sentimientos de respetuoso afecto y agradecimiento. Su único consuelo sufrir, sobre todo humillaciones.

¡Viva † Jesús!

10 de Julio 1678.

Mi muy respetable Madre:

Deseo que el fuego sagrado consuma nuestros corazones sin obstáculo, y haga de ellos tronos dignos de su amor. Tengo de-

(1) La Madre Petra Rosalía Greyfié había llegado al Monasterio de Paray después del 17 de Junio. Nuestro Señor había prometido a la Santa que él mismo inspiraría a sus Superioras lo que fuera a su mayor gloria y a sus designios sobre ella. A esta divina promesa hace alusión Margarita María.

masiada experiencia de su bondad para creer de V. C. que mi silencio sea parte a hacerle dudar de mi afecto y respetuosa amistad para con V. C. Me tiene tan obligada de tantas maneras, que no puedo expresarlo con palabras; más que ellas, mi querida Madre, se lo dirá mi silencio.

Creo que ya sabe la ocupación en que me ha puesto la obediencia. ¡Dios sea bendito en todas las cosas, puesto que nada puede estorbar el que seamos todas suyas! Sí, mi querida Madre, es muy bueno este Señor al manifestarse siempre tan bondadoso y misericordioso con su indigna esclava, no mirando a mis infidelidades y miserias, que le son harto conocidas. Ayúdeme a darle gracias por ellas y por los otros beneficios; el más apreciado de los cuales para mí, después de El mismo, es el inestimable tesoro de su Cruz, que me acompaña a todas partes, interior y exteriormente. Este es el único consuelo que tengo en la prolongación de la vida, que no tiene para mí nada de amable más que el sufrir, sobre todo las preciosas humillaciones que nos proporcionan el olvido y desprecio de las criaturas. ¡Qué felices son las almas favorecidas así en el servicio del Señor! A El le suplico cumpla en V. C. sus designios. No me olvido de V. C. delante de su bondad, ni tampoco de la muy respetable Madre Boulier, de la cual conservo muy particular estima (2).

Le ruego encomiende a nuestro Señor a las señoritas de Bisfrand que están muy afligidas por no tener noticias del Reverendo Padre de La Colombière.

No sé si se habrá olvidado de indicarnos en vuestras cartas lo que nos ha prometido, o si no ha juzgado oportuno hacerlo. De cualquier modo que proceda conmigo, estaré siempre contenta y seré la misma para V. C. Esté persuadida de ello y créame toda suya en el amor sagrado [de Jesús].

D. S. B.

---

(2) La Madre Ana Serafina Boulier, consultada en diferentes ocasiones por la Madre de Saumaise, le había dado seguridad acerca de los caminos extraordinarios de la Hermana Margarita María.

Carta III

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Jesús, tan amable en el Calvario como en el Tabor.

¡Viva † Jesús!

Mayo 1679.

Le confieso, mi querida Madre, que recibí sumo consuelo por el placer que dio al Señor abrazando su Cruz con alegría y sumisión (3). Es verdad que El la ha cubierto de rosas, temiendo que le cause espanto; pero no es esto lo que más debe regocijarnos, sino sentir las punzadas de las espinas que están ocultas debajo, porque entonces el Señor se complacerá en conformarnos a El y le hará ver, que no es menos amable en las amarguras del Calvario que en las dulzuras del Tabor.

Carta IV

A LA HERMANA LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS (4)

Espiritual unión de oraciones y afectos. Una Sociedad con el Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

[1689 ó 1680.]

Mi respetable Hermana:

Ruego al Sagrado Corazón de Jesús quiera consumir los nuestros en los ardores de su santo amor, el cual, a lo que creo, le ha movido a proporcionar tan grande honor como el de conocer a una persona cuyas grandes miserias la fuerzan incesantemente a vivir desconocida y olvidada en todas las criaturas. Pero si la voluntad de nuestro soberano Dueño lo dispone de otro modo, tengo por singular favor de su bondad tener alguna parte en vuestro recuerdo delante de nuestro Señor, el cual

(3) Esta Cruz es la del superiorato de Moulins, a donde la destinaron en Mayo de 1679. Eran rosas el morar en este monasterio, testigo de la felicísima muerte de Santa Juana Francisca de Chantal. Las espinas, las inseparables del cargo y las largas y peligrosas enfermedades que esperaban a la nueva Superiora en los tres años de su gobierno.

hace que corresponda con afecto particular al que V. C. me manifiesta, que ciertamente no merezco.

Mas Dios puede, cuando quiere, sacar gloria para sí, de nuestros más insignificantes acciones, como espero ha de hacer ahora con ese deseo que le da de que formemos una especial comunidad de bienes. De mí os puedo decir que no sé hacer bien alguno; pero es Dios conmigo tan bueno que me permite apropiarme el tesoro de los verdaderos pobres, que es el Sagrado Corazón de Jesús, cuya celestial riqueza puede remediar con exceso nuestra necesidad e indigencia. Con este preciosísimo bien podemos formar esta nuestra compañía, depositando en este sagrado Corazón todo el bien que podamos hacer con su gracia para cambiarlo con el suyo, que ofreceremos al Padre Eterno en lugar de los nuestros.

He aquí, mi íntima Hermana, nuestra verdadera sociedad y nuestro delicioso retiro: el Corazón adorable de Jesús, en donde viviremos al abrigo de todas las tempestades y en el cual nos veremos y aprenderemos a conocernos. Le confieso que ya le hice allí algunas visitas, porque me parece que el amor la metió muy adentro. En cuanto a mí, es verdad que aspiro a esto; pero no tengo lo que se requiere para entrar, que es un corazón puro, vacío de todo deseo y afecto, humilde y abandonado enteramente al beneplácito del divino amor que quiere ser su dueño absoluto para disponer de él a su gusto. A El suplico que no permita le opongamos jamás la menor resistencia y que nuestra amistad sea toda en El y para El.

Espero, mi muy respetable Hermana, que me dispense la libertad con que le hablo; no sé hablar de otra manera, sino diciendo sencillamente lo que pienso, que no es otra cosa que mi grande estima y afecto a V. C., de quien soy sin reserva en el amor sagrado, mi muy respetable Hermana, su más humilde y obediente e indigna hermana y sierva en Nuestro Señor.

Hermana Margarita María Alacoque
De la Visitación de Santa María
O. S. B.

---

(4) Era Directora del Noviciado y había abrazado esta devoción movida por la Madre de Saumaise.

Sobre lo que V. C. me dice que encomiende a Nuestro Señor, espero que El será en esto tanto más glorificado, cuanto mayor fuere la sumisión y resignación en este punto a su santísima voluntad, la cual quiere que nos despojemos de todo interés propio; debe bastarnos que Dios esté contento. Bien sé que V. C. no querrá nada más que esto, ni yo tampoco. Amemos, pues, al Señor, démoselo todo sin reserva. Por este mismo amor le ruego encarecidamente, mi amadísima Hermana, que se desengañe respecto a mí; no me crea lo que no soy.

CARTA V

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

Las gracias que recibe son también para otras personas. Su único consuelo ver reinar el Corazón del Salvador.

¡Viva † Jesús!

[Hacia 1680.]

Témome, mi querida Madre, que por mis continuas resistencias, sea un obstáculo a la gloria del Sagrado Corazón. Me parece que El me manifestó cuánto tendría que sufrir por este mismo amor, y que las gracias que había de hacerme no eran tanto para mí, como para las personas que El me enviaría, a las cuales quería que respondiese con sencillez lo que El me pusiese en el pensamiento, puesto que por su cuenta corría aplicar la unción de sus gracias con las cuales había de atraer muchos corazones a su amor. Esto [se me hace presente] en todas mis resistencias.

No la olvido delante del Señor. El me quita la libertad de escribirle como querría; de tal suerte que cuando tomo la pluma no sé lo que he de escribir; así le dejo [hacer] y me abandono en sus manos. La vida es para mí una cruz tan pesada que no encuentro en ella otro consuelo sino el de ver reinar el Corazón de mi adorable Salvador, que siempre me favorece con algunos sufrimientos extraordinarios cuando esta devoción tiene algún nuevo acrecentamiento. Pero no hay cosa que, para esto, no sufriera de buena gana. Todas las más amargas amarguras no son más que dulzura en este adorable Corazón, donde todo se

trueca en amor. Quisiera poder vengar en mí todas las injurias que se infieren a mi Salvador Jesucristo en el Santísimo Sacramento; siendo, como sabe, toda suya en el sagrado Corazón de Jesús. Su muy humilde y obediente hija,

Hermana Margarita María.
Dios sea bendito.

Carta VI

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

Sentimientos de afectuosa amistad. Malas noticias de la salud del P. de La Colombière.

¡Viva † Jesús!

1680.

Mi muy respetable Madre:

Es para mí dulcísimo consuelo tener noticias suyas, aunque me parece que el saber o no saber las otras me tiene sin cuidado. Pero V. C. es siempre mi buena Madre, hacia la cual el Señor me da lo que no sé decir, como tampoco me es posible olvidaros en la presencia de Dios a quien suplico cumpla en nosotras todos sus designios. Y que haga lo mismo con la señora de N. a quien tenemos ahora en casa con ánimo de ser religiosa, por el ardiente deseo que tiene de cumplir la voluntad de Dios. La recomiendo a sus santas oraciones, con el R. Padre de La Colombière, del que nos pide noticias. No se ha repuesto del todo en su salud, según dice a la señora de L..., porque yo por mi parte no he recibido carta suya. No es que me haya dado yo el honor de escribirle, sino que a él no le ha parecido conveniente responderme. Pero de cualquier modo que me trate estoy muy satisfecha, porque sé que ni él ni yo queremos otra cosa que la voluntad de Dios, a la cual está muy sumiso. Esto es lo que le puedo decir de él por ahora (5).

---

(5) Volvió a Francia el P. de La Colombière a principio de 1679, viendo con grande pena que se le escapaba de las manos la palma del martirio. Pero por una muerte lenta y diaria, el confesor de la fe acabó de fabricarse la corona de gloria, fue debilitándose hasta 1682. Durante los tres años que precedieron a su muerte, sus superiores le dieron en Lyon un empleo compatible con el agotamiento de sus fuerzas; la dirección espiritual de los jóvenes escolares de la Compañía. Desde esta residencia escribía de vez en cuando a algunas de sus hijas espirituales de Paray.

Respecto a las comuniones haré por obediencia lo que V. C. desea; y querría poder manifestar el sumo interés con que miro sus cosas en lo que se refiere a los intereses del Señor, que bien sé yo que quiere sobre todo a los demás.

Dejo a las otras el consuelo de darle noticias, porque yo no lo sé hacer; pero ruegue al Señor que me haga digna de cumplir en todo su voluntad, y que le podamos amar sobre todas las cosas. En este amor soy toda vuestra.

CARTA VII

A LA HERMANA LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Con qué íntimos y delicados lazos une a los suyos al amantísimo Corazón. La exhorta en su cargo de Maestra de Novicias. "El amor divino no sufre mezcla de cosa alguna".

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray, 6 de Junio de 1680.

Mi respetable y amadísima Hermana:

Ruego a este divino espíritu de amor quiera llenar su querida alma de sus más preciosos favores y nuestros corazones de su divino fuego, a fin de que no procedamos en nada, más que por el impulso que El nos dé. Muy grande me lo daría Nuestro Señor para corresponder a su delicada bondad, mi amadísima Hermana, si mi indignidad no me redujera a un continuo desprecio de mí misma, pues no puedo comprender cómo hay quien se acuerde de una criatura tan ruin, que sin embargo, la ama en el sagrado Corazón de Jesús más de lo que con palabras podría decirle. Pero como en nada puedo servirle, creía que ya no pensaba en mí, aunque yo no me olvido de V. C. en la presencia del Señor, a quien me vienen ganas de quejarme de que todos los días venga desde tan lejos a visitarme entre las dos elevaciones de la Santa Misa; la hallo presente en mi alma, y después de haber dicho juntos a nuestro divino Maestro lo que desea, se retira suavemente, al mismo tiempo que me dice como en la carta: «no se me enfade».

Pero ¿cómo iba a poder enfadarme con mi amadísima Hermana? porque sabe ganar tan bien los corazones que si yo no estuviera persuadida de que es para llevarlos al Señor, verdaderamente le rogaría que me librara de V. C.. Pero no hay que temer cosa ninguna en esta unión de nuestros corazones, pues que el autor de ella es el Señor. ¡Sea El siempre glorificado!

A su bondad he recomendado encarecidamente esta querida Hermana de quien V. C. me habla. No tenga pena, porque espero que si se lo pide a nuestro soberano Dueño, no permitirá que arraigue en su huerto, la santa religión, esta planta, si el Padre celestial no la hubiera plantado. Es verdad que el cargo de guiar las almas a Dios es más de temer de lo que se pueda decir, por su misma importancia; pero, ¿a qué temer cuando quien le ha impuesto esa carga es todopoderoso para hacer que proceda en todo según su santa voluntad, la cual jamás encontrará resistencia en nosotros, sea como sea el modo con que se sirva disponerlo?

Mas es preciso darlo todo para tenerlo todo; el amor divino no sufre mezcla de cosa alguna. Interésese, pues, por mí en este asunto; puesto que V. C. me honra con su amistad, que sea para procurarme el amor de mi Dios, por sus santas oraciones. Visitémonos con frecuencia, querida Hermana, para este efecto, en el sagrado Corazón de Jesucristo, y cuando no me encuentre importúnele hasta que su misericordia me coloque en él; y allí tendremos sin temor nuestras conferencias espirituales, e íntimas comunicaciones de nuestra verdadera dirección por este adorable Corazón, en el que soy con respeto vuestra muy humilde e indignísima Hermana y sierva.

Hermana M. Margarita.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Nuestras queridas Hermanas, María Amada y de Lyonne, la saludan con mucho respeto y grande afecto. —Me he equivocado; es a vuestra respetable Madre (*de Saumaise*) a quien dirigen estos saludos.

Adiós, mi amable Hermana: me parecía no haberle dicho nada si la Cruz de nuestro [Señor] no tuviera algún lugar en

nuestra conversación. ¡Oh, qué dichosa será si la sabe llevar como conviene: quiérala y acaríciela por amor de Aquel que la ha amado tanto por nuestro amor, que quiso morir en sus brazos! No tengamos, pues, otro estudio que el de amar y sufrir en este amor; y cuando hubiéremos adquirido esta ciencia con toda perfección, sabremos y haremos todo lo que Dios quiere de nosotros.

Carta VIII

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

Admirables sentimientos de profunda humildad. "El inapreciable tesoro de su cruz. Gracias por un regalillo.

¡Viva † Jesús!

1680.

Mi respetable Madre:

Imposible sería negar más tiempo a mi corazón la dulce satisfacción que tiene en conversar con V. C. que me asegura que Nuestro Señor lo quiere; y yo no lo dudo, pues os obliga a continuar usando conmigo de la misma bondad y caridad que tuvo siempre, desde que me cupo la dicha de ser su indigna hija, que quisiera dar gusto al deseo de su corazón maternal de saber noticias mías.

Nunca, como ahora, manifestó mi Dios tanta misericordia y amor para conmigo; pero por mi parte nunca fui tan ingrata, infiel y mala, pues no soy más que una mezcla de orgullo y de malicia que se opone continuamente a su bondad, con las resistencias a su voluntad y con la frialdad a su amor, que me hace tan floja en su santo servicio, que tengo horror de mí misma, cuando considero la vida que llevo, que es toda sensual y llena de pecados. ¡Dios mío, mi querida Madre, cuánta necesidad tengo de sus oraciones, para conseguir que la bondad divina no se canse de esperarme a penitencia; pero sobre todo que no me prive de amarle por toda la eternidad por no haberle amado en el tiempo! Este es el riguroso castigo que temo; todo lo demás no hace ninguna impresión en mi espíritu.

Pero qué bueno es Dios, mi querida Madre; porque aunque mi vida le ofenda tanto, no me priva del inapreciable tesoro

de su Cruz. Y aunque la llevo en calidad de criminal, ella es, sin embargo, la que endulza la prolongación de mi destierro, en el que no puede haber para mí otro contento que amar a Dios, y sufrir por este amor. Pero, ¡ah, qué haría yo si la cruz se alejara de mí, pues ella es la que me hace esperar en su misericordia! Ella es todo mi tesoro en el adorable Corazón de Jesucristo; en ese Corazón tengo con la cruz todo mi placer, mis delicias y mi gozo. ¡Mas si supiera el mal uso que de ella hago, sobre todo de estas queridas humillaciones y abyecciones, acompañadas de opresiones y angustias de toda clase! Y me parece que mi alma algunas veces está reducida al extremo de la agonía, no obstante el gusto que experimenta en nadar en este océano de amargura que considero como las más dulces caricias de nuestro divino Esposo; por lo cual me reconozco indigna de estos inestimables favores. Pídale que sepa aprovecharme de ellos en adelante, guardándome de oponer obstáculos al divino querer. Tengo necesidad de su fortaleza para soportarme a mí misma.

[Os ruego me perdone si mi amor propio me hace buscar este pequeño consuelo al lado de mi buena Madre que perdonará la molestía que le ocasiona aquella que no la olvida en la presencia de nuestro soberano Señor. ¡Qué necesidad tengo de su fortaleza para sostenerme! Encomiendo a sus oraciones a la pobre Hermana N...; el enemigo levanta contra ella rudos combates. Ojalá Dios la saque victoriosa, así como también a nuestra querida Hermana N., dos almas buenas, a quienes me hace Nuestro Señor la gracia de querer más cada día, así como a V. C., mi amadísima Madre. Quisiera poderla manifestar el reconocimiento que en mi corazón guardaré siempre para V. C.; si llego a morir sin pagarle lo que le debo, será porque en vida no pude hacer más. Por lo demás le doy gracias por las lindas tijeras que he recibido de V. C.; las llevo por amor suyo, aunque son demasiado buenas para mí. Yo le ruego que crea que no hay nadie en el mundo que sea de V. C. con más respeto y afecto en el Sagrado Corazón de Jesucristo].

Una palabrita a su indigna hija, como Dios le inspirare, mi querida Madre. Yo no sé decir nada a los que amo, si no les hablo de la Cruz de Jesucristo; y cuando me preguntan las gra-

cias que Nuestro Señor me hace a mí, indigna pecadora, no sabría hablar sino de la felicidad que hay en sufrir con Jesucristo; porque no veo nada más digno de estima que sufrir por su amor, en el que soy toda suya.

D. S. B.

Carta IX

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

Milagrosa curación. La única dulzura de su vida, la Cruz. Ardiente súplica de que queme todas sus cartas.

¡Viva † Jesús!

10 de Julio de 1680.

Le confieso, mi respetable Madre, que cumplo con gusto la orden que la nuestra muy querida nos ha dado de comunicaros noticias sobre el estado de mi salud. Le diré que Nuestro Señor, el día de la fiesta del Santísimo Sacramento, me hizo la misericordia de sacarme de repente de la excesiva debilidad a que estaba reducida, porque después de la sagrada Comunión me encontré con tantas fuerzas y salud como antes de haber guardado cama, donde estaba hacía un mes, y desde entonces he tenido la dicha de seguir el orden de la Comunidad (6).

He querido decirle esto, mi querida Madre, para moverla a reparar mis ingratitudes, que son mayores que nunca para con nuestro buen Dios, cuyo proceder es tan lleno de amor y dulzura con una criatura tan indigna y que tanto le ha ofendido, que confieso que no haría más que tratarme muy justamente si me abandonase a todos los rigores de su divina justicia; pero todavía quiere darme algún tiempo para ejercitar la caridad de nuestras Hermanas y proporcionarme ocasión de llorar mis pecados y comenzar de nuevo a sufrir, si se puede llamar sufrimiento la felicidad de participar de la Cruz del Salvador.

¡Ah, qué precioso es para mí el estado de enfermedad y humillación!; porque creo que nada hay que me sea más útil y

(6) Esta curación es un hecho notable en la vida de la Santa, completamente averiguado.

necesario; esto es lo que me endulza la duración de la vida en medio del deseo que me persigue constantemente de salir de ella, aunque en verdad yo la acepto por todo el tiempo que plazca a mi Soberano Dueño, no queriendo nada, sino que se haga en todo su santa voluntad, que no es menos amable en la aflicción que en la consolación.

¡Cuán grande lo sería para mí, mi querida Madre, si me volviese a prometer lo que ya me aseguró!, que quemaría mis cartas de suerte que jamás nadie vea ni sepa de dónde han salido, porque no deseo menos ardientemente quedar sepultada en el desprecio y olvido después de mi muerte que durante mi vida; y me fío tanto de su amistad, que no podría creer me rehusase este favor, lo mismo que el de persuadirme de nuestra unión en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Jesús, a quien suplico continúe haciéndonos esta gracia en la eternidad; y si yo la olvidara delante de su divina bondad, sería preciso que me olvidase de lo que me es más querido. Le digo, como a mi buena Madre, que tengo al presente suma necesidad de sus oraciones, a fin de que me obtengan la fortaleza para llevar a cabo el perfeccionamiento de los designios de Dios sobre mí, que soy en los Sagrados Corazones de Jesús y María, suya.

D. S. B.

Carta X

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

Liberalidades de su Soberano Dueño. El Señor quiere al P. de La Colombière en la Cruz. No otro contento que el de no tener ninguno.

¡Viva † Jesús!

[Noviembre] 1680.

V. C. es siempre la querida Madre de mi corazón que la ama en el de nuestro amable Salvador, con todo el afecto de que es capaz. Estoy persuadida de que no duda de esto, puesto que no tengo secretos para V. C. y le descubro con gusto singular las misericordias de nuestro Soberano Dueño con la más ingrata de todas las criaturas. Sus liberalidades conmigo son tan grandes que me es imposible manifestárselas a V. C.

Le diré, sin embargo, que se porta conmigo como un padre lleno de amorosa ternura que guía a su hijito, sobre todo durante mis ejercicios, pues parecía complacerse en colmarme de dulzuras. Pero no podría decidirme a gustarlas en esta vida, pues no encuentro en ellas contento, sino en el que El tiene en hacernos bien, puesto que las cruces, desprecios, dolores y aflicciones son los verdaderos tesoros de los amantes de Jesucristo crucificado.

Ruegue, mi querida Madre, que no me deje un momento sin este contento en el cumplimiento de su santa voluntad, que se manifiesta en los padecimientos del R. P. de La Colombière; porque habiéndole encomendado una vez a su bondad, me dijo: «Que el siervo no era más que el Señor, y que nada había tan provechoso para él como la conformidad con su querido Maestro. Y aunque, según el parecer humano, parecía más gloria de Dios que gozase de salud, dábansela mucho mayor sus padecimientos porque hay para cada cosa su tiempo. Hay tiempo para sufrir y tiempo para trabajar, tiempo para sembrar y tiempo para regar y cultivar».

Esto es lo que él hace al presente, porque el Señor tiene gusto en dar precio inestimable a sus sufrimientos por la unión con los suyos propios, para derramarlos después como un rocío celestial sobre esta semilla que El ha sembrado en tantos lugares, y para hacerla crecer y fructificar en su santo amor. Sometámonos, pues, mi querida Madre, a las órdenes de nuestro Soberano, y confesemos, a pesar de parecernos las cosas ásperas y molestas, que es bueno y justo en todo lo que hace, y que merece en todo tiempo alabanza y amor.

¡Si supiera cuánto me insta a amarle con un amor de conformidad a su vida dolorosa! Y como me quiere en continuos actos de sacrificio, me ofrece El los medios para ello en la ocupación en que me ha puesto, en donde veo con gusto que cada acción es para mí un nuevo sacrificio, por la repugnancia que me hace la gracia de sentir en ella, y que tanto contento da a este Espíritu, dueño del mío, que me obliga con frecuencia a decir, a pesar de todas las oposiciones naturales, que es bueno caminar por la fuerza de su amor en sentido contrario a nuestras inclinaciones, sin otro placer ni contento sino el de no te-

ner ninguno, puesto que nos debe bastar que nuestro buen Dios reciba contento del modo y forma que a El le agrade.

Mayor sería mi gozo, si en vez de escribirle pudiera hablarle; hasta creo que de palabra le manifestaría mejor los sentimientos de mi corazón, que recibe mucho consuelo con la lectura de sus cartas; y aunque estoy muy contenta de que no se piense más en mí, me parece, sin embargo, que Nuestro Señor quiere que V. C. piense y que yo nunca la olvide. Por el amor del Sagrado Corazón vea algunas veces el billetito que guarda, porque El tiene gusto en ello.

¡Cuán obligada le quedaría, mi buena Madre, si me hiciese el favor de quemar todo lo que tiene mío! Hagamos todo lo que nos sea posible para procurar honor y amor al Sagrado Corazón de nuestro Esposo, que me hace siempre toda suya en su santa dilección.

D. S. B.

CARTA XI

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

La felicita el nuevo año. Vivir solamente para tener la dicha de sufrir por amor. Las únicas noticias que sabe la santa.

¡Viva † Jesús!

16 de Febrero de 1681.

Mi querida Madre:

Después de desearle en este nuevo año la plenitud del puro amor divino, el cual ¡ojalá por sus santos ardores nos transforme en sí mismo!, le diré que muy contra mi voluntad tuve que privarme tan largo tiempo del consuelo que Nuestro Señor me da en escribirle, aunque me haga sentir igualmente pena en ello. Pero mis dolores de cabeza no me permiten escribir mucho. No deja de complacerme el pensamiento de que V. C. será siempre para mí la misma en afecto y bondad. Paréceme que, por lo que a mí toca, no podría, aunque quisiese, perder el recuerdo de mi amadísima Madre delante de Nuestro Señor, quien me hace la misericordia de favorecerme con su Cruz. ¡Ay! es verdad que es la herencia de los elegidos en esta vida, pero tengo muchos motivos para temer no sea para mí

la de una réproba por el mal uso que hago de ella. Sé, sin embargo, que es éste el mayor bien que deberíamos desear; conformarnos con Jesús en sus padecimientos, puesto que no debemos desear vivir sino para tener la dicha de sufrir por amor; pero nunca según nuestra elección.

¡Dios mío!, mi querida Madre, qué necesidad tengo de que me ayude con sus oraciones, para entregarme enteramente a su santa voluntad, para todo lo que quiera hacer de mí, ya que la vida me es un martirio; aunque os puedo asegurar que tengo al presente todo lo que me la pueda hacer dulce, que es habitar en nuestra querida celda en la que encuentro tantas delicias, que razón tengo de temer no me reserve el Señor más que suplicios para la eternidad donde no temo otro que el de estar privada de amarle; pero es menester amarle tanto en esta vida que nos hagamos una misma cosa con El, a fin de que nunca nos podamos separar. Esto es lo que le pido con todo mi corazón; y para V. C., que desempeñe bien el cargo que El le ha dado.

Mucho me hubiera agradado responder satisfactoriamente a lo que me preguntaba en su última carta, pero ¡ay!, ¿qué puede esperar de tan vil y miserable pecadora como yo, que le causaría horror y compasión juntamente si me conociese al presente? Diría que Dios es excesivo en misericordia conmigo, y le suplico, mi querida Madre, que le dé gracias por ello y le pida perdón de mis infidelidades. Yo espero que su bondad no le rehusará lo que desea para su gloria, con tal que con confianza le busque y lo espere todo de El solo.

Tengo que decirle para su consuelo, porque creo que me ama, que Dios me ha dado una verdadera Madre, toda bondad y caridad para conmigo (*la Madre Greyfié*). Si tuviera tiempo, sería para mí muy dulce satisfacción manifestarle lo que pienso acerca de ello, y sobre la gracia que Dios me hace de sumirme en las humillaciones que tanto contentan a mi espíritu, hasta tal punto, que tendría por muy duro castigo verme privada de ellas, y estar un momento sin sufrir, pues me parece que todas las horas pasadas sin sufrimiento, son perdidas para mí; y así le puedo asegurar que no deseo vivir sino para tener la dicha de padecer. Eso es lo único que puede contentar mi corazón y mi espíritu, hablar de estas cosas con aquellos a quienes amo.

No tengo otras noticias que contar; porque todos los otros discursos son para mí horrible suplicio, y todas las demás gracias no pueden compararse con la de llevar la cruz por amor con Jesucristo. Dígame para mi consuelo, si su bondad le favorece al presente con este bien. Pero no crea que aunque hablo así del sufrimiento, sufro yo mucho. ¡Ay!, me parece no he sufrido nada, y por consiguiente que no he hecho nada por mi Dios. En su santo amor soy y seré siempre con respeto su muy... etcétera.

Hermana M. M. Alacoque.

Carta XII

A LA HERMANA MARIA BERNARDA PAYELLE, CHAROLLES

Qué es amor de conformidad. "Donde hay menos de nosotros, hay más de Dios". Sentimientos de afectuosa amistad en el Sagrado Corazón.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
22 de Julio de 1681.

Mi respetable y amadísima Hermana:

Como el amor es el único que produce en nosotras el deseo de conformidad con nuestro soberano Maestro, no podremos conseguirlo si no es amándole sobre todas las cosas, y despreciando todo lo demás como hizo su verdadera y perfecta amante Magdalena. A ella le suplico quiera inflamar nuestros corazones en el mismo fuego en que se consumía el suyo a los pies de su Salvador, a fin de que no encuentre El ya en nosotras resistencia ninguna a su adorabilísima voluntad cualquiera que sea la disposición en que a El le plazca ponernos.

Porque para un corazón que ama, lo mismo es la aflicción que el consuelo, la salud que la enfermedad. Con tal de que nuestro buen Dios esté contento, esto nos debe bastar, pues no queremos sino agradarle; y sabe mejor que yo, carísima, que como El no puede encontrar nada grande fuera de sí mismo, se complace en abajar su grandeza hasta nuestra pequeñez, para glorificarse en nuestras enfermedades.

Os confieso que cuando ruego a Dios por V. C., lo que hago ordinariamente en la Santa Misa, no podría pedir que la libre de la cruz, porque me parece que esto sería querer privarla del mayor bien que podamos tener en esta vida, que es la conformidad con Jesucristo en sus padecimientos. Ni tampoco sería capaz de pedirle que le quite esta repugnancia que siente a la enfermedad, pues creo que en esto consiste nuestro mérito, en cuanto que allí en donde hay menos de nosotras mismas, hay más de Dios. Pero tengo que decirle con sencillez, mi querida Hermana, como a íntima mía, el pensamiento que me viene cuando la ofrezco a su Corazón adorable: sumisión ciega a todas las cosas en que El os ponga y a todo lo que le agradare hacer de V. C.; y si no me engaño, en esto está comprendido todo lo que El quiere de V. C.

Confúndeme mucho tener que hablar de este modo a V. C.; sólo me es posible hacerlo así cuando se trata de un alma a quien su bondad hiciera que quiera tanto como quiero a la suya, por la que me intereso más de lo que piensa. Haga lo mismo por mí en la presencia de nuestro buen Maestro, el cual sabe la necesidad que tengo de sus santas oraciones, pues me hallo tan desprovista de todo bien.

Por lo demás, estoy muy lejos de ofenderme porque nuestra querida Hermana María Teresa (*de Thélis*) le enseña nuestras cartas; tengo en eso mucho gusto, así como también en guardar para con V. C. particular respeto y singular reconocimiento por tantas bondades como tuvo siempre con ella. Yo le ruego que continúe tratándola del mismo modo, pues con ello me obliga mucho.

Respecto al deseo que manifiesta de obtener de Nuestro Señor una verdadera sumisión y entrega a las órdenes de su Divina Providencia, le prometo con el consentimiento de nuestra amadísima Madre, decir por su intención durante un mes las letanías del amorosísimo Sacramento del Altar, y comenzaré el primer día de agosto por la Santa Comunión. Le ruego, pues, que se una a mí, porque no obtendremos nada sino por nuestra confianza; y crea mi amadísima Hermana, que en esta ocasión y en cualquiera otra, tendré sumo placer en poderla probar cuán verdaderamente la amo en el Sagrado Corazón del

adorable Jesús, el cual por su santo amor, nos una a El en el tiempo y en la eternidad.

Su muy humilde e indigna Hermana y sierva en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Mi amadísima Hermana:

Le estoy doblemente obligada por la estima y afecto que manifiesta tener a nuestra amadísima Madre, y más aún que si fuera a mí misma. No me atrevo a declararme acerca de esto sino con mi silencio, que creo se lo hará conocer mejor que pudieran hacerlo mis palabras. Ella le saluda con sincero amor y le suplico que tenga la bondad de presentar a la suya, muy respetable, mis más afectuosos y respetuosos saludos, y dígale que la ama con verdadera y sincera caridad.

Carta XIII

A LA MADRE DE SAUMAISE, MOULINS

"Déjame hacer a mí". Sus terribles perseguidores. Horribles repugnancias en la parte inferior. Cómo la trata su Soberano. Ultimas noticias del P. de la Colombière.

¡Viva † Jesús!

1682.

Mi queridísima Madre:

Satisfacción dulcísima sería para mí poder contarle mis miserias que le harían comprender mejor las grandes misericordias de nuestro soberano Maestro conmigo. Entre ellas pongo mi enfermedad como una de las más preciosas y provechosas para mí. Sí, os aseguro que la cruz de las enfermedades y humillaciones me es tan necesaria, que mi Soberano Dueño me ha dado a conocer que sin ella no habría podido evitar otra muy peligrosa para mí, según entiendo. Ya no tengo que andarme mirando a mí misma, ni a lo que a mi Soberano Dueño le plazca hacer de mí; porque El me ha dicho que jamás me negará sus cuidados, sino cuando yo me preocupare de mí misma; lo cual experimenté con frecuencia por mi infidelidad que tantas

veces echó por tierra mis deseos. Pero ya no tengo otro más que el de cumplir lo que me ha dicho tantas veces: *Déjame hacer a mí.*

Además ha puesto dentro de mí tres perseguidores que me atormentan continuamente. El primero, que produce los otros dos, es un deseo tan grande de amarle, que me parece que todo lo que veo debería trocarse en llamas de su puro amor, a fin de que El fuese amado en su divino Sacramento. Y es un martirio para mí ver que le aman tan poco, y que haya tantos corazones que rehusen ese puro amor, dejándole en el olvido y desprecio; si al menos yo le amase, mi corazón tendría algún alivio en su dolor; pero soy la más ingrata e infiel de todas las criaturas, llevando una vida sensual por el amor que me tengo a mi misma.

Me siento continuamente obligada a sufrir con repugnancias horribles en la parte inferior, que hacen mis cruces tan pesadas, que sucumbiría mil veces si el Corazón de mi adorable Jesús no me sostuviese y asistiese en todas mis necesidades. Y mi corazón queda siempre sediento de sufrir en medio de mis continuos padecimientos, experimentando mi alma agonías grandísimas por no poder separarse todavía del cuerpo. No hay para mí más duro sacrificio que el de la vida; sin embargo lo acepto hasta el día del juicio si mi Dios así lo quiere, bien que el recuerdo de la separación de mi Soberano sea para mí más duro que mil muertes. Todo me aflige y atormenta por no poder amar únicamente a mi divino amor, el cual me favorece siempre con su santa presencia, y El mismo me enseña a expresároslo así.

Es como si un poderoso monarca, deseoso de ejercitar la caridad, echase una mirada sobre sus súbditos, para escoger al más pobre, miserable, y destituido de todo bien; y habiéndole encontrado le enriqueciese con la profusión de sus liberalidades, de las cuales la mayor sería quererse abatir hasta caminar siempre al lado de este pobre miserable, llevando una antorcha resplandeciente con su púrpura real; y después de haberse dejado ver, ocultase esta luz en la oscuridad de la noche para dar más confianza a este pobre miserable de acercarse a El para oírle y hablarle confiadamente, recibir sus caricias y ha-

cérselas a El, proveyendo a todas sus necesidades y teniendo cuidado de todo lo suyo.

Y como si después de esto viniese esta criatura a separarse de su bienhechor, y a serle infiel, y El no se sirviese de otro medio para castigarla, que sacar otra vez la luz que había ocultado para hacerle ver quién es El y quién es ella. El todo resplandeciente de hermosura, y ella cubierta toda de fango, llagas y de toda suerte de inmundicias; y que viese al mismo tiempo la grandeza de su malicia e ingratitud opuesta a las bondades de este Soberano. No sé si me explico bastante para hacerme comprender lo que os digo.

Así es, poco más o menos, como este Soberano Dueño trata con su indigna esclava. Es verdad que esta divina presencia produce en mí diversos efectos porque algunas veces me eleva al colmo de todo bien, cuyo goce sobrepuja toda ponderación, y entonces no puedo decir otras palabras que éstas: «¡Oh vida mía, mi amor y mi Todo! ¡Tú eres todo para mí y yo soy toda para Ti!». Otras veces me abate hasta el fondo mi nada en donde sufro muy grande confusión al ver este abismo de toda miseria tan cercano al abismo de toda perfección, y otras se imprime en mí de un modo que me parece que no me queda más ser y vida que El, lo cual hace de una manera dolorosísima que me obliga a decir incesantemente:

Quiero sufrir sin queja en mi dolor;
No me deja temer su puro amor.

Pero sería molestarla el contar todas estas cosas por menudo, puesto que Dios es un abismo incomprensible de todo bien, y mi gloria debe estar como El me lo ha enseñado, en no mirarme sino como el juguete del beneplácito de su Corazón Adorable, que es todo mi tesoro. Yo le confieso que no tengo otro que a mi Salvador Jesucristo. También me dice El con frecuencia: *¿Qué harías tú sin Mí? ¡Qué pobres serías!*

Respecto de las otras gracias y dones que recibo de su bondad, es preciso decirle que son muy grandes, pero el Dador vale más que todos sus dones. Mi corazón no puede amar, ni aficionarse sino a El sólo. Todo lo demás es nada, y no pocas veces no sirve más que para impedir la pureza del amor y para meter la separación entre el alma y su Amado, que quiere ser

amado sin mezcla y sin interés. Le ruego que den gracias al Señor por sus grandes misericordias, etc.

[He aquí una palabrita que le digo para satisfacer el deseo de su corazón maternal que quiere tomar parte en los intereses de su primera hija (*había profesado en sus manos*). Le ruego que dé gracias por mí a Nuestro Señor por la grandeza de sus misericordias. Réstame decirle que he (cumplido) el (encargo) que me dio en su última para el R. P. de La Colombière, de lo que ha manifestado mucho contento, sobre todo de saber noticias suyas, asegurándome que no la olvidaba. Está muy mal (7); cuando esté un poco mejor le escribirá. Yo le he visto dos veces; le cuesta mucho trabajo hablar, y puede ser que lo disponga Dios así a fin de tener más gusto y sosiego para hablar a su corazón. El mío es todo suyo en el del amable Jesús.]

D. S. B.

Carta XIV

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS (8)

Le inspira confianza en Dios para llevar la Cruz de su nuevo cargo. Qué significa el de Superiora. Sentimientos de espiritual amistad.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
1.º de Julio de 1682.

Es verdad, mi muy respetable Madre, que si yo fuera delante de Dios, lo que la caridad le hace creer, tendría gusto en

---

(7) Había vuelto a Paray en Agosto de 1681 y minado por la enfermedad falleció allí mismo el 15 de Febrero de 1682.

(8) Iniciado por la Madre de Saumaise en la amable devoción del Corazón de Jesús, el Monasterio de Moulins progresaba en ella de día en día. Pero su mal estado de salud obligó al Monasterio de Dijon a reclamar su vuelta.

Sucedió a la Madre de Saumaise como Superiora del Monasterio de Moulins, la Hermana Luisa Enriqueta de Soudeilles. La unión y amistad con nuestra Santa fue, desde entonces, más íntima y la correspondencia más seguida. La nueva Superiora, sintiendo todo el peso de su cargo, que se agravaba con penosas dificultades, pidió luego a su Santa amiga el doble socorro de su consejo y de sus oraciones.

probarle, según toda la extensión de mi afecto, la estima que tengo de V. C., a quien quiero muy particularmente. Pero no valgo más que para detener el curso de las misericordias del Señor. No se engañe más, porque para decirle todo en una palabra de verdad, no soy más que una mezcla de toda miseria, impotente para todo bien e indignísima de las gracias de Dios, aunque espero que su bondad no nos rehusará las que nos son necesarias para cumplir con nuestra obligación.

Cierto es, mi querida Madre, que la suya es mayor ahora, y que su peso nadie puede aliviarlo, sino Aquel que ha prometido hacernos la carga ligera; pero esto se entiende cuando El nos la impone por su elección. El lleva lo más pesado de ella, haciéndose nuestra fuerza y nuestro sostén, y hasta como Padre benignísimo, escucha nuestra fragilidad, de suerte que abandonadas en sus brazos no tenemos nada que temer, con tal de que, desconfiando de nosotras mismas, lo esperemos todo de El. Todo lo que viene de la criatura es mucho de temer, y no debemos fiarnos de ello.

Me alegro de que nuestro buen Salvador le haga ver estas circunstancias que agravan el peso de su cargo, porque quiere que sean para V. C. ocasión de recurrir con más frecuencia a su bondad. El convertirá todas estas cosas en gloria suya y bien de vuestras almas si secunda sus designios, como creo yo que lo hace; y tanto más cuanto que este empleo impone, como V. C. sabe, una obligación más estrecha, y me parece que esta palabra *Superiora*, no significa otra cosa que una imagen viva de Jesucristo, a quien debe representar en todo. Cuando El levanta a uno a esta dignidad quiere de él un entero desprendimiento de todo interés propio, dejándole a El el cuidado de nosotros mismos, para no pensar más que en desempeñar bien su obra, no mirar en todo sino a su mayor gloria, no amar más que por el amor del Sagrado Corazón de Jesucristo, y no obrar sino según su espíritu, dejándole vivir, reinar y obrar a El tanto cuanto nos sea posible. Me parece que no hay cosa que tanto se deba temer, ni nada más difícil que dar cuenta de otro.

Pero, ¡Dios mío!, mi querida Madre, yo no sé por qué pone su humildad a mi orgullo en esta contingencia de manifestarse como es. ¡Ay!, pero, ¿en qué voy a poder servirla de provecho

ni yo ni mi carta si no hago más que decir, por ignorancia e inconsideración, todo lo que me viene al pensamiento sin poderlo hacer de otro modo? El Señor sabe cuánto la amo, y el deseo que tengo de que El llene su corazón con la abundancia de sus gracias y de su puro amor, que seguramente le dará con toda liberalidad, después que, correspondiendo a las luces que le diere, hubiere dulcificado la amargura que su Corazón adorable ha recibido. Por su cuenta corre dároslo a conocer; haga con toda paz lo que os inspire.

Perdone, mi amadísima Madre, la mucha libertad que me he tomado, la cual hace que nunca quisiera yo escribir. Asístame con el auxilio de sus santas oraciones, que de mí le aseguro que jamás me olvidaré de V. C. delante de Aquel a quien suplico quiera unir nuestros corazones para siempre en su amabilísimo Corazón.

Su muy humilde e indignísima Hija y Sierva,

Hermana M. M.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

CARTA XV

A LA MADRE LUISA ENRIQUETA DE SOUDEILLES, MOULINS

Le promete sus oraciones. La aconseja sobre las nuevas vocaciones. Alegría de ver de paso en Paray a la M. de Saumaise.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
7 de Julio de 1688.

No acierto, respetable Madre mía, a salir de la confusión en que me pone el honor que me hace del que soy tan indigna, pues confieso que se necesita tener toda la bondad y humildad que V. C. tiene para favorecerme con su amistad, a la cual querría yo poder corresponder tanto como merece.

Pero si no es tanto como querría, será tanto cuanto Nuestro Señor Jesucristo me diere el poder hacerlo, puesto que su amis-

tad no aspira a otra cosa que a unirnos a su corazón adorable, al cual la presento con frecuencia, para que cumpla en V. C. todos sus designios, y sea El mismo su fortaleza y sostén, para ayudarla a llevar animosamente el peso de su cargo. Para esto haré por V. C., con permiso de la obediencia, una novena de letanías al Santísimo Sacramento; pero tiene que unir sus oraciones, porque las mías pueden muy poco por mi poco amor a Dios. Pida para mí, mi querida Madre, que me enseñe a amarle olvidándome de mí misma, siguiendo el ardiente deseo que de eso me da; aunque por desgracia no correspondo a él.

Tiene mucha razón en temer la elección de las jóvenes llamadas a la vida religiosa, porque en verdad es una cosa tan difícil, que si Nuestro Señor mismo no lo hace, es peligrosísimo engañarse en esto. Pero hay que dejar que El obre en los espíritus que se presenten, y no contribuir nosotros más que en donde nos haga ver ser necesario a su gloria, y entonces no deben asustarnos las dificultades, porque cuando es verdadero llamamiento de Dios, El hace que podamos vencer los obstáculos, aunque es menester pedírselo encarecidamente. A mí me parece que cuando no miramos más que a Dios, ni buscamos otra cosa que su divina gloria, no hay nada que temer puesto que El sólo mira a la buena voluntad del corazón que le ama. Deseo que el suyo, al cual quiero infinitamente en su Corazón adorable, mil y mil veces se consuma en los ardores de este puro amor que con suma consideración me hace, mi muy venerada Madre, su muy humilde y obediente hija y sierva en Nuestro Señor,

Hermana Margarita María
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

He tenido el gusto de hablar a su querida Hermana que me ha dado mil pruebas de amistad de su parte, y no sé, mi amadísima Madre, cómo manifestarle mi gratitud por eso, y también por la parte que V. C. toma en mi alegría de volver a ver a nuestra respetable Hermana depuesta. Pero, ¡ay!, ¿qué son los goces de esta vida si en ella no hay nada sólido? Todo pasa como un sueño; y no puedo comprender que un corazón que quiere amar a su Dios y que le busca, pueda encontrar algún

contento fuera de El. Es también necesario que este *nosotros mismos* desaparezca del todo; yo por mi parte no veo otra felicidad en la vida que permanecer siempre oculta en su nada, sufriendo y amando en silencio, abrazar nuestras cruces y alabar y bendecir a Aquel que nos las da.

Carta XVI

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Afectuosos sentimientos de caridad. Cuál es el verdadero amigo de nuestros corazones. "La Cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesucristo."

¡Viva † Jesús!

[25 de Agosto de] 1682.

Con verdadero gusto, mi querida Madre, aprovecho esta ocasión para manifestarle de nuevo el sincero y respetuoso afecto de mi corazón, que más que nunca es ahora suyo en el Corazón de Jesucristo, cuya voluntad es que su Caridad continúe conmigo en su afecto y bondades maternales. Puedo asegurale que jamás me olvido de V. C. en su santa presencia, donde formo para V. C. mil votos de bendiciones en el dulce reposo que me figuro posee al presente, en el cual gozará tranquilamente de la conversación y caricias de nuestro divino Esposo. ¡Ah!, ¡qué bueno es amarle por amor de El solamente! Yo le confieso, mi querida Madre, que mi ruin corazón, arde sin cesar en este deseo, sin que haya llegado aún a las obras; esto es lo que me hace la vida tan amarga, porque sin este amor, la vida no es sino una dura muerte.

Jesucristo es el verdadero amigo de nuestros corazones, que no están hechos más que para El solo; y así no pueden encontrar descanso, alegría ni satisfacción sino en El. Amémosle, pues, con todas nuestras fuerzas, sufriendo todo en silencio por su amor, el cual endulza todas las amarguras de la vida, y es nuestra fortaleza en los combates que necesitamos sostener conti-

nuamente contra nuestros enemigos, el mayor de los cuales somos nosotros mismos.

¡Ah!, ¡qué dichosas son las almas que se han olvidado perfectamente de sí mismas, que no tienen más amor, mira ni pensamiento que agradar a este único Amigo de nuestros corazones! Pida a Jesucristo esta gracia para mí; tengo mucha confianza en sus santas oraciones, y grandísima necesidad de ellas en el estado de sufrimiento en que su bondad me tiene continuamente. No deseo verme libre de éste, puesto que la Cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesucristo. Es verdad que yo no soy de este número, pues es cruz debida a mis pecados, pero no importa; con tal de que suframos con Jesucristo, por su amor y según sus designios, esto basta.

Tiene pleno derecho sobre mi pobre persona, por lo que le diré sencillamente lo que Dios quiere de esta alma de quien me escribe. Quiere de ella una perfección más elevada que la ordinaria, y los que la dirigen no deben temer poner obstáculo en esto a los designios de Dios, sino dirigirse a El para darle conveniente consejo. Después, con toda sencillez, debe someterse al dictamen de los que la dirigen, dando de mano a sus particulares luces que ella confunde muchas veces con las de la gracia. Pero el discernirlas debe dejarlo a los que la guían; porque estas falsas luces traen mucho perjuicio y retraso en la perfección, y ponen obstáculo a los designios de Dios, que pide entera sumisión y rendimiento en esta alma. Con toda la mía soy suya.

[Creo que le habrán dicho que El nos ha visitado con la enfermedad de nuestra muy respetable Madre que no está restablecida todavía, aunque se encuentra un poco mejor, a Dios gracias. Ruegue a Nuestro Señor por el completo restablecimiento de su salud, y que nos la conserve, porque sabe cuánto la queremos todas, y yo en particular. No puedo expresarle cuán tiernamente la amo en el amable Corazón de Jesús, en cuyo amor soy toda suya con el más sincero afecto de mi corazón].

D. S. B.

CARTA XVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Una partecita de la corona de espinas. Elogio de su actual Superiora.

¡Viva † Jesús!

1682.

Tengo que quejarme de que por amarme demasiado no me ama bien. Me dice que está apenada por uno de los más preciosos dones que he recibido de la mano liberal de nuestro buen Dios. El se ha dignado darme una partecita de su corona de espinas, que es para mí tanto más estimable cuanto es continua y me impide no pocas veces apoyarme en la almohada, y así me hace pasar noches muy deliciosas en compañía de mi Jesús, atormentado por amor (9).

Le digo esto a fin de que tomando V. C. parte en mi lucha, me ayude a dar gracias por ella a Nuestro Señor que continúa favoreciéndome siempre con sus misericordias y liberalidades.

[Creo que sería inútil querer expresarle los sentimientos de mi corazón para con V. C., y me parece que no duda de ellos como tampoco yo de los suyos; pero todo en Dios y para Dios, que me ha dado una Madre tan buena (*la Madre Greyjié*), que no podría encontrarla mejor, y como yo la necesitaba, ni que tuviese más caridad y tolerancia con mis defectos; en fin, tal como me convenía para dulcificar la pérdida que tuve de mi buena Madre de Dijon].

---

(9) Esta partecita prometida a la Santa en un éxtasis, se efectuó por los fuertes golpes que, a consecuencia de reiterados accidentes, recibió en la cabeza. Durante toda su vida le fueron un vivo recordatorio de Jesús, coronado de espinas.